

holgura la hierba y cuyas galerías se han convertido en míseros habitáculos para la gente menesterosa; corroídas y desencajadas las gradas de la monumental escalera, enjabelgados los artesanos techos y perdido su aire de grandeza, solicita y suspira por el momento en que la piadosa piqueta venga á libertarla del ultraje que la inferen los modernos! El templo del Señor, cuyos sillares bordó con delicada mano el estilo ojival, donde buscaron perpetuo reposo en ricas sepulturas, gala del arte, próceres y mercaderes, guerreros y sacerdotes, fijos-dalgo y artistas, son hoy ó escombros lastimosos ó almacenes destinados al tráfico ó ruinas admirables y pintorescas sustentadas por maravilla; las casas, donde tantas veces resonó la voz uniforme de los consagrados al retiro, donde buscaron la paz de la conciencia las vírgenes del Señor, donde extremaron su magnanimidad nuestros monarcas, ó demolidas sin piedad á despecho de su mérito artístico, han sido reemplazadas en su área por construcciones sin carácter ni interés, ó utilizadas en cuarteles y hospitales ofrecen singular contraste, ó purificadas por el pseudo-clasicismo de la pasada centuria que las despojó de su personalidad y de su significación, se muestran con aspecto indeciso que conmueve y hace sentir aún más la intolerancia de unos y de otros tiempos, cual si fueran todas estas fábricas, muchas de ellas insignes, responsables de las ideas que personifican una edad, y como si la presente hubiera menester ensañarse en los despojos del pasado para mostrar su poder y su grandeza!

Porque Burgos, la capital de aquella región de nuestra Castilla la Vieja, tan rica y abastada en recuerdos históricos, nunca olvidados ni olvidables, en medio del afán con que persigue la restauración de su pasada importancia, en medio del deseo que la domina de entrar en el concierto de la vida actual, revistiéndose con los atavíos de la presente cultura, ofrece como Ávila y Segovia, más aún que Valladolid, y como Palencia, todo el aspecto de las ciudades castellanas, mostrando confundidos en singular contraste los monumentos de los tiempos medios y las

fábricas de edades más recientes, al lado de los edificios modernos, donde, sin embargo, se respira cierto inexplicable ambiente que los caracteriza y distingue. No ha permanecido estacionaria como Palencia; ha progresado más que Ávila y Segovia; pero no ha llegado aún á adquirir la fisonomía de la época moderna, quizás por lo mismo que en ella no puede, por desventura suya, hacer prevalecer su condición histórica, que la presenta siempre como digna de consideración y de respeto. Calles enteras hay, sobre todo en la parte llana, donde no existe ya recuerdo de las fenecidas edades; y el viajero se cree transportado á alguna ciudad reconstruida, sin pasado ni interés artístico; pero todavía subsisten otras, como la *de Fernán González* y las que la siguen en el declive del castillo, como la *Llana de adentro*, donde ó se conservan edificios merecedores de estima ó la fisonomía de aquellos tiempos de las comunidades, en que tanta participación tomó Burgos á favor de los que representaban la antigua independencia de Castilla.

Hoy que la historia, libertándose de la tutela de la tradición y de la leyenda, busca en los monumentos sus más abonados fiadores; hoy, que en todas las regiones predomina la aspiración á la verdad por medio del análisis y de la experimentación, hoy, por tanto, que son los monumentos los únicos desinteresados testimonios á quienes puede consultar y de quienes no puede abrigar el historiador sospecha, Burgos, la guardadora de sus timbres, la depositaria de sus tradiciones, la ciudad de las leyendas, que parecía vivir interesada en la conservación de sus glorias artísticas, contentándose con el recuerdo sólo de las que obtuvo, ve desaparecer con censurable y dolorosa indiferencia sus más preciadas joyas, sin que promueva protestas la de los que acuden al expediente de la necesidad para destruir sin entrañas páginas insignes de su grandeza, y sin que la contemplación de tantos y tan estimables prodigios mueva una vez siquiera unánimemente la conciencia de los burgaleses, á procurar su conservación evitando su ruina.

Pero si es mucho lo que ha desaparecido; si, cual dejamos arriba consignado, nada hay ya que evoque la memoria de los personajes históricos que mayor prez y gloria recabaron para Burgos en los siglos x y xi; si apenas restan monumentos de la XII.<sup>a</sup> centuria, en cambio cuántos y cuán bellos son los que contempla aún con admiración y deleite el viajero pertenecientes á las centurias posteriores! Desde la soberbia Catedral, compendio y resumen elocuente de la historia de Burgos; donde hacen gala y alarde todas las manifestaciones del arte cristiano, á partir del siglo xiii; donde se halla retratada cada generación, si tal cabe decirse, ya en el cuerpo del propio templo, ya en cada uno de los miembros y detalles del mismo, hasta la humilde iglesia de San Pedro y San Felices, ó la Parroquia de San Lorenzo, por lo que á los edificios religiosos respecta; desde los desmoronados murallones del tantas veces mencionado castillo, hasta el *Arco de Santa María* que cerraba la población por esta parte, en lo que á los edificios militares se refiere; y desde la ostentosa morada de los Condestables, la llamada *Casa del Cordón*, hasta la apellidada *de Miranda* con otras varias en el populoso barrio de Vega, en cuanto se relaciona con las construcciones civiles, Burgos posee todavía inestimable riqueza á modo de ejecutoria nobilísima con que en el concurso de las demás ciudades españolas se presenta á disputar el galardón por ella en otras edades merecido.

Lamenten con nosotros aquellos para quienes las reliquias de la antigüedad constituyen como especie de religión, la irreverencia de nuestros desvanecidos antepasados, cuyo afán de restaurar el gusto, les llevó á poner sus torpes manos en los monumentos de los tiempos medios; deploren de igual forma la indiferencia de nuestros contemporáneos, para quienes por desdicha los referidos monumentos sólo son cuando más buenos para despertar la curiosidad del extranjero, pero que permaneciendo á sus miradas mudos, no encierran lección ni enseñanza de ninguna especie; y mientras vamos poco á poco perdiendo

cuanto un día fué expresivo símbolo de nuestra personalidad; mientras, uncidos al carro de extrañas culturas, sólo juzgan nuestros ediles y gobernantes merecedores de respeto los objetos que encuentra dignos de estudio el extranjero; mientras los esfuerzos de los amantes de la historia resultan estériles ante la inacción de los gobiernos, de las diputaciones y de los municipios, llegará indudablemente el día en que removida en sus cementos la sociedad española, no podrá invocar en medio de su decadencia y de su ruina, aquellos testimonios de su grandeza, aquellos gloriosos padrones de su independencia y de su cultura, que no han sido bastantes aún para convencer á la mayoría de los españoles, como no les convenció tampoco en la pasada centuria, de que no es la Edad-media, la Edad-bárbara que sueñan, sin duda imaginándose gozar en los presentes tiempos de la perfección suprema.

No otro es el linaje de consideraciones que inspira á nuestras miradas en su conjunto la ciudad burgalesa. Irresoluta, indecisa, en las vías del progreso; fervientemente devota de las tradiciones que exaltan su fama y su prestigio; orgullosa con el dictado de *cabeza de Castilla* que ostenta como lema en su blasón: engreída en las consejas y las fábulas de los antiguos tiempos, á los cuales vuelve sin cesar los ojos; juzgándose depositaria y heredera del espíritu y del carácter castellano, si no desdigna, antes bien solicita con empeño las galas y preseas de la presente época, perezosa y lánguida sigue de lejos el curso de las ideas nuevas y mira las memorias todavía subsistentes de su grandeza de otras edades con amor tan cercano á la indiferencia que cuesta en realidad trabajo comprenderlo. Desventurado de aquel que ose menospreciar los monumentos burgaleses: nada hay comparable ante el amor de los hijos de aquella ciudad á las indicadas reliquias; pero en cambio, las ruinas del *Convento de San Francisco*, las dolorosísimas en que se ha convertido el suntuoso edificio que fué *Convento de Fres del-val*, cuyos sillares uno á uno arrancados del lugar donde los colocaron los obreros

de los siglos xv y xvi han servido para construir la muralla que contiene al Arlanzón, claramente ponen de relieve que aquel amor no traspasa los límites de un platonismo perjudicial y egoísta. Que no se atreva nadie á soñar siquiera en apoderarse, para su conservación, de ninguna de aquellas ruinas ó de cualquiera de sus monumentos: bien próximo está, para baldón de Burgos, aquel nunca bastante execrado crimen que la mancha, cometido en su propia Catedral durante la época revolucionaria con el gobernador Sr. Castro, sólo por la sospecha de que trataba, cumpliendo las órdenes del gobierno, de incautarse del Archivo, de aquel Archivo, inaccesible á los profanos y que tanta y tan copiosa luz arrojaría, si fueran sus documentos conocidos, para exaltar la gloria de la misma Burgos.

No se diga, no, que fué aquel crimen fruto de alevosos instrumentos políticos: no. Todavía, transcurridos desde entonces más de una decena de años, las gentes repiten á nuestros oídos que si cien veces intentase el gobierno despojar la ciudad de sus riquezas, cien veces volverían á cometer igual acción, que oscurece y oscurecerá para siempre la historia de Burgos en los tiempos actuales. Y sin embargo: aquellas riquezas, ó mutiladas sin respeto, ó maltratadas, cual ocurre con la estatua yacente del Obispo don Mauricio, fundador de la Catedral sublime, aherrojadas muchas en el salón que sirve de *Museo Provincial*, sólo en cuanto lisonjean el amor propio de los burgaleses son consideradas, sin que la Diputación de la provincia haya jamás atendido los ruegos y las excitaciones de la Comisión de Monumentos, ya para restaurar algún templo, ya para conservar alguna ruina, ya para liberrar de la profanación alguna reliquia... Nadie se ha preocupado tampoco, cuando fué demolido el magnífico *Convento de San Pablo* para construir el cuartel existente, en salvar ninguna de las maravillas que obró el arte en aquella fábrica, cuyos fragmentos sirvieron de cimientos en el nuevo edificio, debiéndose únicamente á la diligencia del Jefe de la Comandancia de Ingenieros militares, la salvación de uno de los restos del

mismo edificio, librado de la ruina y donado en trozos al *Museo Arqueológico Nacional* donde hoy se guarda restaurado. Nadie se preocupa ni mucho menos de levantar la voz demandando auxilio para aquella peregrinísima construcción de fines del siglo xii ó principios del xiii, que habiendo servido de iglesia al *Hospital del Rey*, sirve hoy de peligrosas cuadras, cuando allí existen preciosos é inestimables testimonios de la vida que obtuvo y de la influencia que ejercía á la sazón el *estilo mudejár* en toda Castilla. Nadie, por último, se ha preocupado ni preocupa de hurtar á la destrucción que las amenaza, así las puertas inestimables y sin ejemplo de la iglesia de Gamonal, bien inmediata á Burgos, y que son monumentos de importancia y muy subido interés dentro del *estilo mudejár* ya memorado, como las de la *Iglesia de San Nicolás*, obra admirable de las postrimerías del xv.º siglo... Y sin embargo: los burgaleses, emulando el ejemplo del héroe de Cervantes, cuando alguien procura con piadosa mano poner á cubierto de cualquier riesgo aquellas joyas artísticas, sacuden con exaltación inusitada su pereza para exclamar como el héroe referido el famoso

*Tate, tate, folloncicos,  
de ninguno sea tocada.*

En medio pues de esta serie de contradicciones, muchas de ellas inexplicables, vive hoy Burgos: sin que sea para ella lícito llamarse con derecho ciudad moderna; sin que pueda tampoco en justicia despojársela de su carácter de ciudad antigua. Vencidas allí la industria fabril y la manufacturera por la agrícola, conténtase con estimarse á la par de las otras provincias castellanas cual granero de España; desvanécese con sus héroes; aduérnese con las leyendas y las fábulas que adulteran su historia; guarda sus monumentos, que mira con incierto amor, sin que haga nada por ellos, y se deja arrastrar en la indolencia como el que, nacido en humilde cuna, ha conseguido á fuerza de trabajos y de afanes allegar nunca soñadas riquezas y se en-

trega en su vejez al gozo deleitoso de su disfrute, sin preocupación alguna.

Mas dejando á un lado consideraciones de índole tan amarga, que en nuestros días sugiere el aspecto de la ciudad, hora es ya de que entremos, lector, en el examen y estudio individual de las maravillas artísticas que la ennoblecen y la ilustran, una vez conocida su historia, dando comienzo por los monumentos religiosos para continuar con los civiles y los militares.



### CAPÍTULO XIII

La Catedral: descripción y estudio del conjunto exterior

**A**LLÁ al Occidente de la noble Burgos, recostada en la falda de la enhiesta colina donde, si poderosa un tiempo, se levanta hoy en ruinas dolorosas y sin carácter la almenada fortaleza, tantas veces reconstruída y adulterada, á cuyo amparo y tutela nació, humilde y recelosa, la populosa ciudad cabeza de Castilla, y cuyos denegridos y malseguros muros señalaron progresivamente el recinto de la patria de Fernán González,—eleva al cielo, como eterna y sublime oración, sus gigantesca y maravillosas cúpulas y el conjunto sorprendente de su armoniosa fábrica la suntuosa Catedral, tantas veces y tan jus-